

# Rito y tradición: la voz femenina en los arrullos y currulaos del Pacífico sur

Las mujeres son las transmisoras fundamentales de la cultura del Pacífico sur colombiano y son sus cantos el punto de unión entre los ritos africanos y las tradiciones católicas.



Por: Óscar Forero

**E**l escenario está oscuro y el público en silencio. Se escuchan los pasos de varias personas que entran a la sala. De pronto, se oye la voz de la cantante entonando: “¡Se ha perdido el niño, ¿cuál será el autor que se lo ha robado?!”. Repite la frase tres veces.

Así son los coros en los arrullos, cantos que hacen parte de una antigua tradición católica en la que se hace una epifanía, uno de los ritos más antiguos en la historia. Se dice que se celebraba desde el año 361 en Egipto y Arabia, y se conocía con el nombre de *solsticio*. Sin embargo, en la costa pacífica, al sur de Colombia, estas celebraciones tienen variaciones y mezclas entre la tradición católica y los ritos africanos debido a la migración de estos últimos a Suramérica. Allí, la epifanía se celebra con un arrullo, festividad que acontece cada 5 de enero

en la comunidad; durante toda la noche se corea, se baila, se alza y se arrulla al niño en víspera del seis de Reyes.

Con el fin de descubrir parte de la identidad musical de la costa pacífica sur colombiana surge “Arrullos y currulaos”, investigación de Juan Sebastián Ochoa, profesor del Departamento de Música de la Pontificia Universidad Javeriana. Dicha investigación empezó en el 2007 junto con Leonor Convers y Oscar Hernández, también docentes javerianos. “El proyecto tenía como propósito estudiar la influencia de la marimba en la creación musical de estas regiones; sin embargo, durante el proceso de desarrollo de lo anterior, nos dimos cuenta de que realmente el instrumento principal no era la percusión sino las voces femeninas porque son ellas el elemento primordial para narrar las historias”, afirmó el profesor Ochoa.

El Pacífico sur colombiano cuenta con una mayoría de población afrodescendiente, en

la que la música hace parte de su cotidianidad. Sus géneros se definen por los eventos sociales a los que responden: alabaos en los entierros de adultos, bundes en los velorios de angelito (niños menores de cinco años); cantos de boga, cantos de cuna, jugas y bundes de adoración (para adorar al niño Dios o a los santos); y bambucos viejos, jugas y rumbas para situaciones de parranda. El resultado de esta investigación fue la aprobación para la publicación del libro *Arrullos y currulaos, material para abordar el estudio de la música tradicional del Pacífico sur colombiano* el pasado 16 de diciembre de 2012.

No obstante, Ochoa, con el deseo de seguir profundizando en estos temas, empezó durante el 2011, en solitario, otra indagación dentro de la Beca de Investigación-Creación otorgada por la Vicerrectoría Académica de la Universidad Javeriana. Allí emprendió un nuevo viaje sonoro.

*De repente hay un silencio en el escenario, luego, una voz de un hombre surge y canta: “Mi Dios me vendió un reloj a las 10 y 11 del día, y él mismo me lo tocó al son del Ave...” y ellas responden en coro: “María”.*

*La voz del hombre se pronuncia otra vez: “Era un reloj displicente que en este mundo no había y al amanecer del día, daba un toque...”.*

*Ellas responden: “diferente”.*

De este segundo viaje surge *Arrullos y currulaos: homenaje a las cantoras del Pacífico sur colombiano*, un concierto en DVD, en el que se registra, en algo más de hora y media, la presentación de las cantoras Libia Bonilla (doña Oliba, como le dicen comúnmente) y Nidia Góngora Bonilla (la hija, quien ha sido reconocida por pertenecer a diferentes grupos como Socavón, Canalón y Ondatrópica). La grabación del DVD y el documental que registra el proceso de montaje estuvieron a cargo de Luigi Baquero, fotógrafo y documentalista<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Véase <http://vimeo.com/luigibaquero>

La presentación se realizó el 23 de junio de 2012 en la Sala de Conciertos de la Biblioteca Luis Ángel Arango. Para la preparación se realizaron ensayos y un montaje musical y escénico, donde se adecuó un altar que pudiera contextualizar las tradiciones del Pacífico sur durante el mismo día del concierto.

*Voz femenina: ¡Cuando vi a mi Dios!*

*Coros voces femeninas: ¡crucificado!*

*Voz femenina: Ay mil veces, me pesa ya el pecado.*

Según Ochoa, el elemento común que tienen todas estas músicas es, sin duda alguna, el protagonismo de las mujeres. Son ellas quienes con sus juegos de voces lideran la música; son ellas quienes deciden qué canción entonar, cuándo comienza y cuándo termina y con qué intensidad interpretarla. También son ellas las encargadas de organizar las ceremonias: preparan las bebidas en los velorios y montan el altar en las adoraciones a los santos o al niño Dios. Estas conclusiones las pudo obtener gracias a varias conversaciones con músicos nativos de El Charco (Nariño), Guapi (Cauca), entre otras regiones y municipios de la costa pacífica sur colombiana, quienes le insistían en la importancia de la voz femenina a la hora de interpretar estos ritmos.

Del mismo modo, aclara que en las adoraciones, también conocidas como arrullos, las mujeres pueden cantar durante horas acompañadas únicamente por instrumentos de percusión: dos bombos (tambores cilíndricos de doble parche) y dos cununos (tambores cónicos de un solo parche), generalmente interpretados por hombres. Al tiempo, mientras las mujeres cantan, interpretan el guasá (especie de sonajero cilíndrico) generando un ritmo constante y embrujador que, al cabo de varias horas, puede llevar al trance.

Siempre en la primera parte las adoraciones tienen interés religioso. Ya en la segunda ocurren en un ambiente fuera de lo sacro, más festivo, que da lugar al baile del currulao, y donde se hace presente la “marimba de chonta como instrumento acompañante y aparecen otros géneros no religiosos, como la rumba y el bambuco viejo”, aclara Ochoa. “En la parte festiva les cantamos al amor, al mar, al río, a las plantas o a los animales, mejor dicho, a todo lo que nos nazca o se mueva”, menciona Nidia Góngora.

En municipios como Timbiquí, la celebración de la epifanía tiene un orden establecido por tradición en sus letras y repertorios. En este no se puede dejar de tocar ni de cantar porque se despierta al niño Dios, por eso se llama arrullo.



■ “EL PROYECTO TENÍA COMO PROPÓSITO ESTUDIAR LA INFLUENCIA DE LA MARIMBA EN LA CREACIÓN MUSICAL DE ESTAS REGIONES; SIN EMBARGO, DURANTE EL PROCESO DE DESARROLLO DE LO ANTERIOR, NOS DIMOS CUENTA DE QUE REALMENTE EL INSTRUMENTO PRINCIPAL NO ERA LA PERCUSIÓN SINO LAS VOCES FEMENINAS, PORQUE SON ELLAS EL ELEMENTO PRIMORDIAL PARA NARRAR LAS HISTORIAS”, AFIRMÓ EL PROFESOR OCHOA.

*Se ha perdido el niño, ¿cuál será el autor que se lo ha robado? Cantan repitiendo varias veces.*

*En ese momento, salen a buscarlo de casa en casa, hacen una parada, toman trago (licores artesanales, biche, tumbacatre, tomaseca y arrechón).*

*Luego aparece el niño Jesús en alguna de las casas (hecho planeado con anticipación).*

Para Góngora, la experiencia del concierto tuvo contrastes, puesto que los arrullos solo son interpretados en su lugar natal y una vez al año. “Hubo que salirse del contexto, incluso hasta los sonidos son diferentes porque en Timbiquí se canta a capela, mientras que en el auditorio era con micrófono. Para mi mamá fue más duro; ella no quería al comienzo porque sus creencias no le permitían concebir celebrar el rito fuera de nuestro lugar. Además en Timbiquí uno se siente libre, porque la música fluye más natural; las canciones pueden durar hasta dos horas cada una, mientras que en el auditorio tocó arreglarlas para que fueran de cuatro o cinco minutos”.

“Mi mamá me decía que estaba muy sorprendida. Comentábamos entre nosotras que tal vez hace veinte años no se hubiera podido realizar ese concierto en otro lugar diferente a nuestra tierra porque allá las costumbres son muy arraigadas a lo tradicional”, agrega Góngora.

Por lo anterior, la limitación del espacio fue vista como un obstáculo para la realización del concierto: “En comparación con Timbiquí y el auditorio, es que en nuestra tierra es en la calle y hay facilidad para moverse; mientras que el auditorio fue en un escenario, se siente un poco más apretado todo; afortunadamente asistieron muchas personas y nos sentimos acogidas, fue una experiencia muy bonita, muy enriquecedora y que nos ayudó para mostrar los orígenes de nuestra música”, comenta Góngora. Agrega: “En pleno concierto, y en el intermedio de las canciones, mi mamá aprovechaba y se agachaba por allá a escondidas y tomaba su traguito de biche. Le tocaba así porque le daba pena con la gente que estaban en la sala; en nuestra tierra estamos acostumbradas a beberlo libremente mientras cantamos”.

Es importante rescatar cómo la formación musical pasa de generación en generación en estas zonas, y cómo los adultos a través de las tradiciones orales son los guías de los más pequeños. “Los niños se sientan a escuchar, observar y detallar las costumbres de los adultos y así aprenden; no es educación formal occidental, es aprendizaje en comunidad”, añade Ochoa. La marimba la tocan los hombres y las cantoras aprenden de sus madres. “Cantar es una tradición, es parte de un aprendizaje generacional, a mi mamá le enseñó mi abuela, a mi abuela mi bisabuela y a mí, mi mamá”, explica Góngora. Por eso suelen decir: “Yo no soy cantora, las cantoras son las de antes”. ■